

XVIII Concurso de Cuentos «Mari Luz Puche»

Primer Premio • Categoría D

El último anhelo



Como todos los sábados me disponía a ir al Marcellum, el mercado principal de Pompeya, para realizar los recados de la señora. Como de costumbre iba solo ya que Dafne tenía una gran confianza en mí, a pesar de ser un esclavo; pero antes decidí pasar por el templo de Júpiter que está de camino al mercado. Bajé la calle haciéndome hueco entre el gentío, una vez en la entrada, miré a mi alrededor para asegurar que nadie se percataba, cuidadoso me disponía a subir las majestuosas escaleras de mármol, cuando, se formó un gran revuelo, pensé: quizás me han reconocido, me giré lentamente para observar que pasaba, cuando vi correr a una joven en dirección al Foro; me pudo la curiosidad y la seguí apresurado por no perderla de vista, la gente se apartaba a su paso, llegó con su huida casi al centro del Foro, cuando de repente una voz firme la hizo frenar en seco:

-¡Detente Calypso!, no seas estúpida o el castigo será mayor.

Me agazapé detrás de una de las columnas del Foro a contemplar la escena, la gente se aglomeraba alrededor, deseosa de ver el castigo del hombre sobre su esclava; unos murmuraban posibles teorías de la rebelión de la joven, otros simplemente jaleaban el castigo. Con la muchedumbre no alcanzaba a ver nada más que al romano caminando decidido hacia ella, la cual yo no veía, pues el hombre era grande y atlético como un gladiador. Debió llegar a su altura cuando frenó y estuvo unos instantes frente a ella, comenzó a caminar a su alrededor, cuando la vi, temblorosa y con un gesto aterrado en su mirada, tenía la tez clara y mejillas sonrosadas, unos profundos ojos verdes y su cabello rojizo caía sobre sus hombros torneados, era la más bella mujer que jamás había visto.

El tosco hombre no dijo nada, la agarró del cabello y se la llevó a ras tras entre sollozos y súplicas de la joven, la gente decepcionada por no haber represalias se disolvió y prosiguieron con sus quehaceres, pero yo quería saber más y manteniendo la distancia para que no me vieran

los seguí. No tardaron mucho en llegar a su destino y fue ahí en la puerta de donde ella huyó, donde comprendí lo que había pasado. Me quedé mirando impotente como la entraba a patadas y empujones al edificio, temeroso por el destino que le esperaba después de su hazaña; pero ¿qué podía hacer yo, el último escalafón en la clase social?

Sin quitarme la escena de la cabeza me dirigí al mercado para seguir con mis tareas, compré todo lo que me encargaron y volví a la vivienda.

Subía las escaleras de la residencia con la mirada perdida, todavía afectado por la escena presenciada, cuando Dafne me interceptó y preguntó.

-Aristides ¿No has tardado más que de costumbre?

Se me quedó la sangre helada, con el revuelo no había caído en lo tarde que se había hecho, pero no parecía enfadada, ¿debía contar lo sucedido?, no tuve agallas, simplemente me disculpé y excusé, con que había más gente de lo habitual.

Pasaron las horas y no dejaba de pensar en la joven Calypso y en el infierno que debía estar pasando para

arriesgarse a huir, con las consecuencias que eso traía si su intento era frustrado. En ese momento me sentía afortunado por ser esclavo de Dafne, pues mi mayor castigo habían sido unos latigazos, pero el suyo, el suyo es continuo, horas tras horas en manos de aquellos que sólo te ven como carnaza, de la que abusar y exprimir su juventud y belleza, con el único fin de autosatisfacerse.

Debería armarme de valor y en la noche, cuando todos duermen acudir en su busca y ayudarla a escapar de ese horrible lugar. En una horas todos dormirán y yo saldré a hurtadillas de la vivienda, me abasteceré con unas túnicas oscuras para pasar desapercibido en la oscuridad de la noche, bajaré por la calle sigiloso hasta llegar a las termas centrales, dando un pequeño rodeo por las callejuelas estrechas y tenebrosas del horno de Modesto, llegando así a mi destino, el Lupanar, dirigido por el sobrino del emperador Tito; custodiado por dos esclavos robustos a los que tendré que despistar. ¿Pero cómo?, robaré una de las togas de mi amo, la más exquisita, aparentando así, ser patricio; pudiendo entrar como cliente en el lugar sin levantar

sospechas, pediré los servicios exclusivos de Calipso y cuando estemos solos y sin que nadie nos observe, abandonaremos ese repulsivo lugar en dirección a Nápoles.

Debí de quedarme dormido mientras trazaba el plan de huida. Pasaré el día realizando mis tareas como de costumbre sin levantar sospecha de mi propósito, y ultimaré detalles para que todo sea perfecto, hoy 24 de Agosto alcanzaré la libertad.

Llamaron mi atención unos gritos desgarradores, procedentes de la calle, que me hicieron salir de mi letargo, corrí hacia la entrada para ver qué sucedía, la gente corría aterrorizada calle abajo, Dafne en las escaleras rezaba a los Dioses y balbuceaba: -Pompeya lugar de lujuria y pecado, los Dioses desatan su furia con el fuego del Vesubio.

Levanté la mirada al cielo y una espesa nube de ceniza y fuego se cernía sobre nosotros, mi último suspiro sería anhelando la libertad para la joven Calypso.

Montserrat Puche López
ESPA 3º A

